

# *Las peculiaridades del trabajo en Australia*

Verity Burgmann\*

**D**esde una perspectiva internacional, el movimiento laborista en Australia tiene algunas características peculiares: logros extraordinarios pero también características menos encomiables. Las circunstancias de la fundación de las colonias australianas –como colonia penal de Gran Bretaña– no eran prometedoras desde la perspectiva de un movimiento laboral, y sin embargo las dificultades para atraer fuerza de trabajo gratuita a Australia actuaron en beneficio de los trabajadores australianos.

## LA FUERZA DE TRABAJO COMO UNA MERCANCÍA ESCASA

Los primeros trabajadores en Australia fueron o delincuentes convictos transportados desde las islas británicas desde 1788 hasta mediados del siglo XIX, o australianos aborígenes desposeídos de su tierra por los imperialistas británicos. Ambas formas de fuerza laboral soportaron duras formas de coacción. Un observador contemporáneo señaló que “la flagelación en este país es algo tan común que nadie piensa nada acerca de ello”.<sup>1</sup> Aunque sólo un tercio de los trabajadores convictos sufrieron la flagelación, su absoluta brutalidad le dio un lugar especial en el folklore de las colonias australianas y en su imagen allende los mares. No obstante, debido a la escasez de la fuerza laboral, para la década de 1790 el trabajo

---

\* Traducción del inglés de Marta Gegúndez.

<sup>1</sup> Alexander Harris, *Settlers and Convicts*, citado en Philip McMichael, “Brutalized, Beggared and Bought”, en V. Burgmann y J. Lee (eds), *A Most Valuable Acquisition*, Melbourne: McPhee Gribble/Penguin, 1988, p. 57.

forzado en empleos públicos sólo en las mañanas y el trabajo asalariado en las tardes para patrones privados se convirtieron también en una práctica estándar para los convictos. La manera en la que se trataba a los convictos se ceñía mayoritariamente a las exigencias del desarrollo comercial.<sup>2</sup> El trato a los trabajadores aborígenes adoptaba una forma similar y correspondía también a los supuestos racistas de la época: expulsados de su tierra tribal y negándoles sus medios de subsistencia tradicionales, los patrones blancos, en general ganaderos bovinos u ovinos, explotaban despiadadamente a los trabajadores indígenas, y rara vez los remuneraban con algo más que raciones miserables.

Éste no era un buen comienzo para un movimiento laboral. No obstante, para la década de 1830 resultaba más fácil para los trabajadores –pero sólo para los trabajadores no indígenas– organizarse colectivamente. Estaban llegando más inmigrantes libres, y números crecientes de ex convictos y colonos nacidos libres vendían su trabajo para ganarse la vida. Esos hombres y mujeres del otro lado del mundo traían consigo la posibilidad de un movimiento para defender los intereses de las personas de la clase trabajadora.

En Sydney se formaron asociaciones gremiales por primera vez en la década de 1830 y en Melbourne a partir de 1840, entre los artesanos y comerciantes especializados. Esas asociaciones gremiales tenían su base en una sola localidad. El término “sindicato” se usó primero para describir la unión de varias asociaciones gremiales de diferentes localidades, un desarrollo que comenzó a mediados del siglo XIX. No obstante, las principales industrias exportadoras en la Australia decimonónica eran primarias, especialmente la de la lana. Los trabajadores rurales, como los esquiladores, los ganaderos, los cortadores de caña y los mineros, constituían un componente cada vez más importante del movimiento sindical, de 1860 en adelante. En efecto, el trabajador rural se volvió objeto de veneración en la mitología nacional como el australiano “típico”.<sup>3</sup> Sin embargo, los cambios estructurales en la economía también estaban creando hacia mediados del siglo una clase trabajadora urbana más significativa que los números relativamente pequeños de artesanos que habían sido pioneros de las primeras asociaciones gremiales. En

---

<sup>2</sup> Philip McMichael, “Brutalized, Beggared and Bought”, pp. 57, 59-60.

<sup>3</sup> Russel Ward, *The Australian Legend*, Melbourne, Melbourne University Press, 1958.

Nueva Gales del Sur, por ejemplo, de 1861 a 1891, la proporción de la mano de obra pagada que participaba en la industria primaria cayó del 50 al 30 por ciento y en las industrias secundaria y terciaria aumentó del 30 al 40 por ciento respectivamente.<sup>4</sup>

A medida que se expandía la economía, el suministro de trabajadores rara vez podía hacer frente a la demanda, ya que una vez que la transportación de convictos cesó (en 1840 a las colonias orientales y en 1867 a Australia Occidental) los patrones dependían de los migrantes libres que decidieran dejar Europa voluntariamente, sobre todo Gran Bretaña e Irlanda, y viajar al otro extremo del mundo para comenzar un futuro incierto. Diversos programas de inmigración intentaron fomentar el suministro de trabajadores subsidiando ampliamente el costo de los pasajes de los migrantes; sin embargo, tales programas confirman hasta qué punto la fuerza laboral era un recurso valorado en las colonias australianas en ese tiempo.

La situación para los patrones estaba compuesta en gran parte por el descubrimiento de oro en 1851. Mientras que esto alentó un gran flujo de inmigrantes libres por primera vez, no era probable que prefirieran un trabajo asalariado a la prospección individual en los campos de oro donde era posible hacer fortunas con un descubrimiento afortunado. La continua atracción de buscar oro como alternativa al empleo durante las décadas de mediados del siglo —hasta que las compañías mineras convirtieron la búsqueda de oro en una empresa capitalista más que individual— simplemente reforzó el poder de negociación de los que estaban preparados para permanecer en el trabajo asalariado.

#### ¿UN PARAÍSO DEL TRABAJADOR?

Puesto que la fuerza laboral fue una mercancía escasa durante gran parte del siglo XIX, el movimiento laboral que se desarrolló pudo manipular frecuentemente esa situación en su beneficio, asegurándose niveles de salario real y condiciones de empleo mucho mejores que en Gran Bretaña e Irlanda, de donde habían emigrado la mayoría de los trabajadores australianos. En efecto, los salarios y condiciones

---

<sup>4</sup> E. C. Fry, *The Condition of the Urban Wage Earning Class in Australia in the 1880s*, tesis de PhD Australian National University, 1956, p. 25.

favorables fueron el principal atractivo para que los migrantes libres abandonaran el hemisferio norte en busca de una vida en las antípodas.

De 1830 en adelante, los trabajadores –especialmente los calificados– usaban las leyes de la oferta y la demanda a buen efecto. Las primeras asociaciones gremiales establecieron las tarifas por las cuales trabajaban los miembros y los visitaban para que dejaran de trabajar si no se pagaban las tarifas. Se aseguraban de que esas condiciones favorables continuaran prevaleciendo controlando la admisión al gremio: sólo a los hombres calificados que habían completado aprendizajes se los admitía y se limitaba cuidadosamente el número de aprendices para que sus capacidades siempre se mantuvieran en un suministro escaso.

El logro mejor conocido de este incipiente movimiento gremial fue la jornada de ocho horas, que ganaron los canteros huelguistas de Melbourne en 1856 y que se extendió a la mayoría de los gremios calificados para el final del año, lo que les aseguró el derecho a no trabajar más de ocho horas diarias seis días a la semana. No obstante, muchos trabajadores menos calificados siguieron trabajando nueve, 10 o más horas diarias, mientras que aspiraban, no obstante, al “beneficio” de la jornada de ocho horas.

Los trabajadores se unieron por varias décadas con el propósito común de mejorar los salarios y las condiciones de trabajo, porque los colonizadores se habían asegurado derechos civiles básicos, incluyendo el derecho de formar asociaciones. No obstante, la posición de los sindicatos se hizo más segura entre 1876 y 1889, cuando cinco de las seis colonias australianas (Australia del Sur, Nueva Gales del Sur, Victoria, Queensland y Tasmania) aprobaron leyes muy cercanas al modelo de las que había aprobado el parlamento británico en 1871 y 1875, que declaraban que los sindicatos eran legales y que montar guardias en el transcurso de disputas industriales era permisible. Australia Occidental siguió tardíamente en 1902, un año después de que las seis colonias se federaron para formar la Comunidad de Naciones de Australia.

Los historiadores se refieren frecuentemente al periodo entre 1861 y 1891, cuando el sindicalismo se expandió rápidamente, como al “primer *boom* largo”. Fue también durante este tiempo cuando se caracterizó a Australia como un “paraíso de los trabajadores”, debido a los salarios relativamente altos de que gozaban los trabajadores australianos comparados con los trabajadores en otras partes. Esta

posición privilegiada de la mano de obra australiana se reveló simbólicamente en 1889 cuando los sindicalistas australianos aportaron 30 mil libras –una cantidad impresionante para una fuerza laboral tan pequeña– para ayudar a los cargadores de los muelles en huelga en Inglaterra.

No obstante, el argumento común de que la clase trabajadora australiana tenía altos estándares de vida se basa en datos relativos a las *tarifas* salariales (el salario por día u hora que ofrece el patrón) y no en los *ingresos* (las ganancias reales de los trabajadores). En particular, los trabajadores no calificados padecían irregularidades en el empleo, a pesar del hecho de que el trabajo en general era usualmente una oferta escasa. Este problema era especialmente cierto en las áreas rurales, donde había un muy claro patrón de empleo estacional. Pero también afectaba a los trabajadores urbanos, puesto que muchas empresas manufactureras tenían periodos flojos y les trasladaban el problema a los trabajadores despidiéndolos o reduciendo sus horas de empleo. En consecuencia, la imagen del paraíso de los trabajadores tuvo que moderarse con el reconocimiento de que una buena tarifa salarial es menos valiosa si el trabajador está desempleado o subempleado con regularidad, lo que era el destino de muchos trabajadores no calificados, tanto rurales como urbanos.<sup>5</sup> Aun cuando es cierto que los salarios y las condiciones eran notoriamente mejores que los que se percibían en Gran Bretaña e Irlanda –de ahí el flujo constante de obreros que emigraban de esos países a Australia–, algunas secciones de la mano de obra tenían menos capacidades que otros grupos ocupacionales para gozar tanto de los buenos salarios y condiciones como de la seguridad en el empleo que aseguraban el alto estándar de vida que la percepción popular seguía teniendo acerca de la suerte de todos los trabajadores australianos en ese periodo.

No obstante, los salarios relativamente altos sí ejercieron una influencia en la clase de movimiento laboral que se desarrolló. En efecto, a esas circunstancias se atribuía generalmente haber producido un movimiento sindical que confiaba en la industria pero que era excesivamente “economista”, que no se interesaba mucho en asuntos políticos más amplios ni en debates filosóficos. Aun sus expresio-

---

<sup>5</sup> Jenny Lee y Charles Fahey, “A Boom for Whom? Some Developments in Australian Labour Market, 1870-1891”, *Labour History*, 50, mayo 1986, pp. 1-27.

nes más radicales cobraron fama al caracterizarlas un visitante socialista francés en 1899 como *le socialisme sans doctrines*.

Antes de venir a Australia, Albert Métin había viajado a Gran Bretaña en 1895, donde recibió la influencia de Sydney y Beatrice Webb. Adquirió la aversión que éstos sentían no sólo por los cambios rápidos, sino también por lo que caracterizaron como el enfoque dogmático y doctrinario de los socialistas revolucionarios. Por consiguiente, Métin señaló la manera en que el movimiento laboral australiano ignoraba o evitaba los argumentos teóricos, pero concluyó que en ese fenómeno descansaba una de las fortalezas de dicho movimiento laboral. A Métin le parecía que había una correlación inversa entre la sofisticación teórica y los resultados prácticos. “Australasia ha contribuido poco a la filosofía social, pero ha ido más allá que cualquier otro país recorriendo el camino de la experimentación social”.<sup>6</sup>

Este economismo irreflexivo también fue causa parcial de la hostilidad notoria del movimiento laboral hacia los inmigrantes de Asia, especialmente los chinos. Desde la década de 1840, las organizaciones de trabajadores habían objetado diversos aspectos del programa de inmigración asistida, tales como la forma de selección de los inmigrantes, la programación de sus llegadas y el alcance de los subsidios estatales. No obstante, esta campaña nunca dirigió su ira hacia los inmigrantes mismos; es más, los sindicatos y las asociaciones gremiales estaban prontos a recibir a los recién llegados y a familiarizarlos con las costumbres prevalecientes y las tarifas de pagos que podían esperar.<sup>7</sup> No fue así con los desafortunados inmigrantes que no eran blancos, a quienes se los recibía casi invariablemente con extrema hostilidad. Aunque se hablaba considerablemente acerca de las objeciones al “trabajo barato”, el antagonismo fue de inspiración racial desde el principio: siempre se asumió que esos trabajadores eran irremediamente de trabajo barato y totalmente incapaces de aspirar siquiera a un estándar de vida más alto, por

---

<sup>6</sup> Albert Métin, *Socialism without doctrine*, trad. Russel Ward, Chippendale: Alternative Publishers, 1977, p. 181.

<sup>7</sup> Albert A. Hayden, “The Anti-Immigration Movement, 1877-1893”, *Royal Australian Historical Society, Journal and Proceedings*, 48 (1), marzo 1962, pp. 25-43; K. D. Buckley, *The Amalgamated Engineers in Australia, 1852-1920*, Canberra: Australian National University Press, 1970, pp. 8-9, 26-8; N. B. Nairn, *Some Aspects of the Development of the Labor Movement in NSW 1870-1900*, tesis de MA, University of Sydney, 1955, p. 145; Andrew Markus, *The Burden of Hate: the Australian Inter-Racial Experience, 1850-1901*, tesis PhD, LaTrobe University, 1974, p. 340.

no hablar de luchar por obtenerlo. En consecuencia, a los trabajadores que no eran blancos se les impedía unirse a los sindicatos sobre la ilógica base de que no eran buenos sindicalistas.<sup>8</sup> Los sindicatos existentes incluso entorpecían y menospreciaban los intentos de formar sindicatos y mejorar sus salarios y condiciones por parte de los trabajadores que no eran blancos, como los chinos en el negocio de los muebles.<sup>9</sup> A los trabajadores aborígenes se los admitía a veces en los sindicatos, pero el movimiento sindical no apoyó la igualdad de paga para los trabajadores indígenas hasta la década de 1960.

No sólo el racismo sino también el sexismo inspiró la manera en que las primeras organizaciones de los movimientos laborales vigilaban los salarios y las condiciones. La mayoría de los sindicalistas suponían que las trabajadoras no tenían el mismo derecho que los hombres de aspirar al trabajo remunerado, y que por lo tanto no se las debía alentar pagándoles la misma tarifa por desempeñar el mismo trabajo. Aunque esta política industrial actuaba claramente en detrimento de las tarifas salariales de los trabajadores tanto como de las trabajadoras, encontró adhesión como un acto de fe sexista durante muchas décadas y, al igual que con los trabajadores que no eran blancos, los dirigentes sindicales obstaculizaban los esfuerzos de las trabajadoras para sindicalizarse. A medida que avanzaba el siglo XX, las actitudes de los sindicalistas hacia las trabajadoras sí mejoraron, pero no fue sino hasta la década de 1970 que todas las secciones del movimiento laboral avalaron completa y concienzudamente el principio de igual paga por igual trabajo.<sup>10</sup>

#### PRECOCIDAD POLÍTICA

A partir de su fuerte base industrial, y ayudada por el muy temprano otorgamiento del derecho de sufragio entonces universal a los hombres (blancos), la representación de la clase trabajadora en el parlamento ocurrió antes que en sociedades

<sup>8</sup> Verity Burgmann, *Revolutionaries and Racists: Australian Socialism and the Problem of Racism*, tesis de PhD, Australian National University, 1980, pp. 28-33.

<sup>9</sup> Andrew Markus, *The Burden of Hate*, pp. 406-7; Andrew Markus, "Divided We Fall: The Chinese and the Melbourne Furniture Trade Union, 1870-1900", *Labour History*, 26, mayo 1974, pp. 1-10.

<sup>10</sup> Verity Burgmann y Stuart Macintyre, "Divided We Fell", en V. Burgmann y J. Lee (eds), *Staining the Wattle*, Melbourne: McPhee Gribble/Penguin, 1988, pp. 118-122.

equivalentes. Hasta la década de 1880, el movimiento sindical que se venía desarrollando había estado dominado por asociaciones gremiales que se preocupaban más por proteger los privilegios de su oficio en contra de los trabajadores menos calificados que por apoyarlos en contra de sus patrones. Desde la década de 1880, el “nuevo sindicalismo” de los trabajadores menos calificados, como los esquiladores, los mineros y los trabajadores del transporte, proporcionó la base para un movimiento laboral más incluyente y efectivo. Durante esa década el movimiento sindicalista, especialmente en Queensland y Nueva Gales del Sur, dio pasos tentativos hacia la formación de partidos políticos “laboristas” para representar los intereses de los trabajadores en el parlamento.<sup>11</sup>

Un catalítico indudable en la decisión de los activistas de los movimientos laborales –sindicalistas y agitadores sociales– para fundar partidos políticos “laboristas” fue la huelga marítima de 1890, considerada por algunos historiadores como la experiencia de primera importancia que súbitamente convirtió a los sindicalistas a la creencia en la acción política.<sup>12</sup> Otros historiadores también subrayan la importancia de factores de largo plazo que proporcionaron las condiciones previas necesarias para el establecimiento de dichos partidos: crecimiento de la organización sindical y especialmente del “nuevo sindicalismo”, aumento del tamaño de la clase trabajadora, mejoramiento del acceso de los trabajadores al registro electoral y la reforma crucial del pago de los políticos.<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> Robin Gollan, “The Trade Unions and Labour Parties, 1890-94”, *Historical Studies*, 7 (25), nov. 1955, p. 17; Robin Gollan, *Radical and Working Class Politics, A Study of Eastern Australia, 1850-1910*, Melbourne: Melbourne University Press, 1976 (primera publicación 1960) p. 128; L. G. Churchward, “Introduction” a R. N. Ebbles (ed.) *The Australian Labor Movement, 1850-1907*, Sydney: Australasian Book Society, 1960, pp. 17, 35.

<sup>12</sup> Brian Fitzpatrick, *A Short History of the Australian Labor Movement*, Melbourne: Macmillan, 1968 (primera publicación 1944), pp. 145-46; Manning Clark, *A Short History of Australia*, Londres: Heinemann, 1969, pp. 167, 169, 175.

<sup>13</sup> June Philipp, “1890– The Turning Point in Labour History?”, *Historical Studies*, 4 (14), mayo 1950, pp. 145-54; Jean E. O’Connor, “1890– A Turning Point in Labour History: A Reply to Mrs Philipp”, *Historical Studies*, 4 (16), mayo 1951, pp. 355-65; D. J. Murphy, “The Labor Parties in Australia”, en D. J. Murphy (ed), *Labor in Politics, the State Labor Parties in Australia 1880-1920*, St. Lucia: University of Queensland Press, 1975, pp. 3-4; Robin Gollan, “The Trade Unions and Labour Parties, 1890-94”, *Historical Studies*, 7 (25), noviembre 1955, p. 17; Robin Gollan, *Radical and Working Class Politics, A Study of Eastern Australia 1850-1910*, Melbourne: Melbourne University Press, 1976 (primera publicación 1960), p. 128; L. G. Churchward, “Introduction” a R. N. Ebbles (ed), *The Australian Labor Movement, 1850-1907*, Sydney: Australasian Book Society, 1960, pp. 17, 35.

Sin embargo, la huelga marítima fue crítica, cualquiera que pueda haber sido la importancia de las demás condiciones previas necesarias. Los activistas de los movimientos sindicales concluyeron a partir de esa experiencia que era necesario eliminar el sesgo de los gobiernos alterando la composición de los parlamentos a través de la elección de representantes de la clase trabajadora. Esta respuesta se confirma claramente en los recuentos de los movimientos sindicales contemporáneos.<sup>14</sup> Incluso los socialistas de la época, quienes sostenían que el favoritismo del Estado hacia los patrones que se reveló durante la huelga marítima era inherente al sistema capitalista, llegaron a la conclusión de que la acción parlamentaria resolvería ese problema. Argüían que el sesgo de los gobiernos en contra de los trabajadores podía suprimirse con la eliminación del gobierno capitalista mismo; en consecuencia, los partidos laboristas tenían que abolir el capitalismo tomando el control del Estado y legislando en pro de la existencia del socialismo.<sup>15</sup>

En efecto, fue debido al trauma industrial de la huelga marítima que el socialismo australiano adoptó más firmemente una filosofía socialista de Estado que buscaba incrementar el poder del aparato estatal centralizado y producir reformas desde arriba, en nombre de la clase trabajadora, pero no a través de la clase trabajadora. La huelga marítima debilitó el entusiasmo tanto por las escaramuzas industriales como por las iniciativas descentralizadas, controladas por los trabajadores, para establecer el socialismo; y promovieron mayor fe en la actividad parlamentaria en general y en las estrategias basadas en el Estado para la transformación socialista en particular. La solución para los males de la clase trabajadora era la completa nacionalización de los medios de producción, distribución y comercialización, que llevarían a efecto los representantes de la clase trabajadora en el parlamento, por medio de la formación de partidos laborales. Esos activistas creían

---

<sup>14</sup> Por ejemplo, *Australian Workman*, 20 de junio de 1891 (editorial "The Labour Victory"); Thos R. Roydhouse y H. J. Taperell, *The Labour Party in New South Wales, A History of its Formation and Legislative Career*, Sydney: Edwards, 1892, p. 9; Albert Métin, *Socialism Without Doctrine*, traducido por Russel Ward, Chippendale: Alternative Publishers, 1977, pp. 67-68, 72; V. S. Clark, *The Labour Movement in Australasia, A Study in Social Democracy*, Nueva York: Burt Franklin, 1970 (primera publicación 1906), p. 71; George Black, *History of the N.S.W. Labor Party, From its Conception till Now*, Sydney: S. D. Townsend, 1910, p. 1; J. D. Fitzgerald, *The Rise of the N.S.W. Political Labor Party*, Sydney: no hay detalles de publicación, 1915, pp. 17-18.

<sup>15</sup> Verity Burgmann, "Premature Labour: the Maritime Strike and the Parliamentary Strategy", en J. Hagan y A. Wells (eds), *The Maritime Strike: A Centennial Retrospective*, Wollongong: Five Islands Press, 1992, pp. 85-89.

sinceramente que los partidos laboristas, que habían empezado a construir tras la huelga marítima, pronto estarían legislando en favor del socialismo. Los esfuerzos socialistas dirigidos a ese fin, concertadamente con los activistas más moderados de los sindicatos con aspiraciones de menor alcance, cruciales para el incipiente desarrollo de los partidos laboristas parlamentarios en los niveles tanto estatal como federal durante la última década del siglo anterior y la primera década del nuevo siglo.<sup>16</sup>

En Australia, la superestructura había progresado antes que la base económica; un partido laborista era políticamente posible antes de que la clase trabajadora hubiese alcanzado el nivel de madurez organizacional que caracterizaba el punto en el cual los partidos laboristas y socialdemócratas aparecieron en cualquier otra parte del mundo. El desarrollo objetivo de las fuerzas de clases y los niveles reales de sindicalización ni siquiera se acercaban a lo avanzado de las características políticas de la sociedad que hizo posible la emergencia de los partidos laboristas: sufragio masculino, pago de los miembros y acceso al registro electoral.

La discusión de amplio espectro de Göran Therborn sobre “El gobierno del capital y el surgimiento de la democracia”, que examina el inicio de los procesos democráticos en los países de la actual OCDE, demuestra claramente que Australia, aparte de las importantes restricciones raciales, fue el primero de los países de la moderna OCDE en alcanzar las cuatro variables que definen un orden político democrático burgués:

1. un gobierno representativo elegido por
2. un electorado consistente en la totalidad de la población adulta masculina,
3. cuyos votos tienen igual peso y
4. a quienes se les permite votar por cualquier opinión sin intimidación por parte del aparato estatal.<sup>17</sup>

Australia, federalmente, alcanzó dicha situación en 1903; sólo Nueva Zelanda llegó a ese punto antes de la Primera Guerra Mundial, en 1907. Australia era una democracia blanca, con un partido laborista que en consecuencia resultó electoral-

---

<sup>16</sup> Verity Burgmann, “*In Our Time*”: *Socialism and the Rise of Labor, 1885-1905*, Sydney: Allen & Unwin, 1985.

<sup>17</sup> Göran Therborn, “The Rule of Capital and the Rise of Democracy”, *New Left Review*, 103, mayo-junio 1977, pp. 4.

mente viable, muchos años antes que en muchos países con economías significativamente mejor desarrolladas. Después de Australia y Nueva Zelanda, según Therborn, la democracia se alcanzó en los siguientes países: Dinamarca y Noruega (1915); Austria y Suecia (1918); Alemania, Finlandia y Holanda (1919); Canadá (1920); Gran Bretaña (1928); Francia e Italia (1946); Bélgica (1948); Japón (1952); EE. UU. (c. 1970); y Suiza (1971). Varios de estos países cayeron entonces de la gracia democrática o sufrieron la invasión de regímenes fascistas. Y en otros, las anomalías no democráticas permanecieron. Por ejemplo, en Gran Bretaña algunos ejemplos de voto plural perduraron hasta 1948, mientras que en las colonias australianas se abolieron entre 1893 y 1970.<sup>18</sup>

De manera similar, Australia estaba muy adelantada en el logro de la “democracia sexista”, que proporcionaba una base suficiente para la formación de partidos políticos laboristas: el sufragio universal masculino se alcanzó en Australia del Sur en 1856; en Victoria en 1857; en Nueva Gales del Sur en 1858; en Queensland en 1872; en Australia Occidental en 1893; en Tasmania, junto con la Federación, en 1901. Sólo Francia, que alcanzó el sufragio universal masculino en 1884, se les compara. Gran Bretaña no alcanzó esta etapa hasta 1918: la Tercera Ley de Reforma de 1884 había dejado secciones significativas de la población masculina adulta todavía sin voto.

Lo más útil para la emergencia prematura de todos los partidos laboristas fue el pago de los miembros en el parlamento, que los más acaudalados y conservadores consideraban “la maldición del país”, debido a la creciente influencia política que le había dado al movimiento laborista.<sup>19</sup> El pago de los miembros, que no se logró en Gran Bretaña hasta 1911, se otorgó en Victoria en 1871, en Queensland en 1886, en Nueva Gales del Sur en 1889, en Australia de Sur en 1890, en Australia Occidental y Tasmania en 1900 y federalmente a partir de 1901.

Las reformas políticas que alentaron la aparición temprana del Partido Laborista hizo posible también el temprano éxito parlamentario del laborismo. En la elección federal de 1903, la distribución del voto ganado por el PLA (Partido La-

<sup>18</sup> Therborn, “The Rule of Capital and the Rise of Democracy”, p. 11.

<sup>19</sup> John Richard, *Class and Politics. New South Wales, Victoria and the Early Commonwealth, 1890-1910*, Canberra: Australian National University Press, 1976, p. 267.

borista Australiano) excedió el 30 por ciento y se regresó a 24 políticos laboristas en la Cámara de Representantes de 75 miembros. El mensaje que enviaron los gremios de Wellington y el consejo laborista en Nueva Zelanda fue: “Su espléndido desempeño ha sorprendido al mundo y debería alentar a los trabajadores de todos los países a esforzarse arduamente para lograr resultados similares”. Alrededor de esta época, los partidos socialdemócratas sueco y noruego lograron menos del 10 por ciento, mientras que en Canadá la proporción del voto del Partido Laborista en 1904 fue un irrisorio 0.2 por ciento.<sup>20</sup>

El primer gobierno laborista del mundo fue el gobierno de Dawson en Queensland en 1899. Es cierto que fue un gobierno efímero, pero mostró que tales cosas eran posibles e indicó posibilidades futuras. Mientras que el partido laborista británico tuvo que esperar 23 años para formar un gobierno de minoría y 45 años para formar un gobierno de mayoría por primera vez, los partidos laboristas australianos esperaron menos de una década para formar uno de minoría en el nivel estatal, algo más de una década para formar uno de mayor duración en el nivel federal (1904) y menos de dos décadas para formar un gobierno federal de mayoría (1910) –y en una sociedad en la cual el sindicalismo gremial y la cultura de la clase trabajadora no estaban tan bien desarrollados como en Gran Bretaña. Esto causaría problemas más tarde: deformaciones nacidas de su carácter prematuro.

#### EL LABORATORIO SOCIAL

Australia obtuvo rápidamente una reputación internacional como laboratorio social por su avanzada legislación de bienestar social, prácticas de empleo reguladas y experimentos progresivos sobre la regulación estatal de los conflictos entre el capital y el trabajo. Incluso antes de que se formaran gobiernos laboristas, y durante los periodos en que intervinieron los gobiernos no laboristas, las fortunas políticas emergentes del movimiento laboral provocaron una legislación progresiva por parte de otros partidos políticos en el gobierno. Por ejemplo, entre 1901 y 1904 los gobiernos de Barton y Deakin habían dependido del apoyo de los laboristas en la

---

<sup>20</sup> Ross McMullin, *So Monstruous a Travesty. Chris Watson and the World's First National Labour Government*, Melbourne: Scribe Publications, 2004, p. 71.

Cámara de Representantes, y el laborista había explotado esa posición para forzar a dichos gobiernos a una legislación progresiva. En 1909 el gobierno liberal empezó a pagar una pensión nacional por vejez, en 1910 una pensión por invalidez y en 1912 un pago de maternidad a las mujeres por el nacimiento de cada hijo. Las empresas que eran propiedad del gobierno aspiraban a actuar como patrones modelo al fijar salarios, horas y condiciones de trabajo, una práctica especialmente importante para los hombres no calificados, a quienes se empleaba en grandes números como obreros en trabajos públicos.<sup>21</sup> Entre 1896 y 1910 se establecieron en Australia cortes de arbitraje o juntas salariales para tomar determinaciones que obligaban a los patrones a condiciones de trabajo y salarios justos y razonables.<sup>22</sup>

El arbitraje obligatorio de disputas industriales es una característica muy significativa del laboratorio social australiano. El gobierno proteccionista de Barton presentó una Ley de Conciliación y Arbitraje en julio de 1903. Una enmienda laborista para ampliar el espectro de la ley para incluir a los servidores públicos fue derrotada, pero se apoyó otra enmienda laborista para incluir a los trabajadores ferrocarrileros en su ámbito; la reacción de Barton fue no impulsarla, y los gobiernos laborista de Watson y proteccionista de Deakin continuaron impulsándola. La Corte de Arbitraje se estableció en 1904. En un muy celebrado “Fallo Harvester” en 1907, el presidente de la Corte, H. B. Higgins, enunció el principio de que “un salario justo y razonable” debe determinarse independientemente, no negociando fuerza o rentabilidad, sino cuánto se necesitaba realmente para “las necesidades normales del empleado promedio, considerándolo como un ser humano que vive en una comunidad civilizada” que le permitiría al empleado mantenerse a sí mismo y a su familia en un “confort frugal”.<sup>23</sup> Este concepto del “salario para vivir” se volvió integral para la regulación australiana y una característica consagrada del laboratorio social avanzado.<sup>24</sup>

El gobierno laborista de abril a agosto de 1904 dedicó gran parte de su breve periodo en funciones a conducir el Proyecto de Ley de Conciliación y Arbitraje a través de dos cámaras del parlamento donde carecía del apoyo de la mayoría. En

<sup>21</sup> Stuart MacIntyre, *The Labour Experiment*, Melbourne: McPhee/Gribble, 1989, p. 23.

<sup>22</sup> Stuart MacIntyre, *The Labour Experiment*, p. 23.

<sup>23</sup> MacIntyre, *The Labour Experiment*, p. 24.

<sup>24</sup> McMullin, *So Monstrous a Travesty*, p. 157.

abril de 1904, el gobierno de Deakin fue derrotado en el piso de la Cámara y el gobernador general invitó al líder del Partido Laborista, John Christian Watson, a formar un gobierno de minoría con el apoyo de miembros más radicales del Partido Proteccionista. Watson había trabajado como mozo de cuadra paleando estiércol en la Casa de Gobierno en su adolescencia, y más tarde, como compositor.<sup>25</sup> En 1904, el gobierno laborista de Watson, el primer gobierno laborista nacional del mundo, fue recibido con temor y desaliento por la prensa más influyente, y la reacción de un periódico representativo fue describirlo como “una parodia monstruosa”. La aprensión conservadora tuvo paralelo en la euforia radical. En el Recinto de los Oficios de Sydney, uno de los ministros laboristas, Billy Hughes, anunció que era el destino de Australia “guiar e iluminar al resto del mundo”. Otro ministro, Hugo Mahon, escribió que el gobierno de Watson era “un gran experimento que el mundo observaría atentamente”. El periódico laborista *Tocsin* declaró: “La mirada del mundo estaba fija en el gobierno de Watson y en sus partidarios parlamentarios”.<sup>26</sup>

Durante sus tres meses en funciones, ese gobierno laborista desplegó competencia administrativa y, a pesar de su estatus minoritario, algunas iniciativas progresistas. Aunque vigiló la racialmente discriminatoria política de inmigración “Australia blanca” promulgada en 1901 e inició el establecimiento de una marina australiana, también redujo abusos en el sistema de votación federal, mejoró los servicios postales, abolió el requisito de que el personal militar tuviera que intercambiar saludos aun sin portar el uniforme, sentó las bases para el establecimiento de una ciudad capital nacional, dio pasos hacia un sistema nacional de pensiones de vejez y continuó la implementación de un sistema federal de conciliación y arbitraje de las relaciones industriales. En efecto, su dedicación, basada en principios para consagrar el principio de preferencia a los sindicalistas con empleo dentro de su Proyecto de Ley de Conciliación y Arbitraje, condujo al gobierno a su caída al piso de la Cámara –por dos votos– en agosto de 1904.<sup>27</sup>

Otro gobierno laborista de minoría, bajo el primer ministro Andrew Fisher, también se desempeñó de manera encomiable entre noviembre de 1908 y mayo

<sup>25</sup> McMullin, *So Monstruous a Travesty*, p. 12.

<sup>26</sup> McMullin, *So Monstruous a Travesty*, p. 68.

<sup>27</sup> McMullin, *So Monstruous a Travesty*, pp. 91-134.

de 1909. Más espectacular, sin embargo, fue la aplastante victoria electoral federal de 1910, que les dio mayorías a los laboristas en ambas cámaras del parlamento. El gobierno laborista de Fisher, de 1910 a 1913, fue uno de los gobiernos más productivos del siglo XX, con la introducción del impuesto sobre la tierra, la ampliación del alcance del sistema de arbitraje, el incremento y la expansión del Estado benefactor, el establecimiento del sitio de Canberra como capital nacional, la reducción de las tarifas postales, el mejoramiento de los faros, las regulaciones de cuarentenas y derechos de autor y el establecimiento de entrevías férreas más uniformes.<sup>28</sup>

Los reformistas socialistas en Europa veían a Australia, con partidos laboristas que habían logrado mucho en materia de avance electoral e impacto legislativo en algunas legislaturas, como una validación de lo correcto de su postura. Es a partir de los reformistas dentro del movimiento socialista europeo que viene la descripción de Australia como laboratorio social: el socialismo, afirmaban, podía lograrse con sigilo, y el caso de Australia lo probaba. A tales pronunciamientos provocativos, los revolucionarios se sentían obligados a replicar: la avanzada legislación australiana, señalaban, lejos de comenzar a crear una sociedad socialista, estaba estabilizando y fortaleciendo las bases materiales e ideológicas del capitalismo australiano. Para 1913, incluso Lenin se sintió obligado a tratar el tema del laboratorio social australiano. “¿Qué clase tan peculiar de país capitalista es éste,” preguntó, “en el cual los representantes de los trabajadores predominan en la Cámara *Alta* y, hasta hace poco, lo hacían igualmente en la Cámara Baja, y no obstante el sistema capitalista no está en peligro?” Lenin concluyó que el Partido Laborista era en realidad un partido liberal-burgués que perseguía políticas constructoras de la nación favorables a la economía capitalista. Sostenía:

Los líderes del Partido Laborista australiano son dirigentes sindicales, en todas partes el elemento más moderado y servidor del capitalismo... completamente pacífico, puramente liberal. Los lazos que unen a estados separados en una Australia unida son todavía muy débiles. El Partido Laborista ha tenido que preocuparse por desarrollar y fortalecer esos lazos, y por establecer el gobierno central. En Australia, el Partido La-

---

<sup>28</sup> McMullin, *So Monstruous a Travesty*, pp.164-167.

borista ha hecho lo que en otros países hacían los liberales, a saber, introdujeron una tarifa uniforme para todo el país, una ley educativa uniforme, un impuesto sobre la tierra uniforme y una legislación manufacturera uniforme.<sup>29</sup>

Hay un núcleo de verdad en el análisis de Lenin. Stuart Macintyre ha señalado las maneras en las que los primeros gobiernos laboristas explotaron el rico potencial electoral del desarrollo patrocinado por el Estado: apertura de nuevas áreas para el establecimiento de poblaciones, construcción de vías férreas y carreteras, construcción de hospitales y escuelas, provisión de empresas de servicios públicos y creación de nuevas industrias de procesamiento y servicios. “Las ventajas de ese desarrollo patrocinado por el Estado aceitó la maquinaria del clientelismo que sostuvo el impulso de los laboristas en el electorado –y los partidos no laboristas tuvieron grandes dificultades para estar a la altura de esta largueza...” Aunado a la aparición prematura de los laboristas, Macintyre sugiere que esta situación fue finalmente perjudicial para su desarrollo. Arguye que la precocidad del movimiento laborista australiano lo hizo políticamente sobredeterminado, que “las circunstancias de los primeros éxitos de los laboristas fomentaron un conjunto de políticas y las consiguientes relaciones patrón-cliente, que congelaron su desarrollo político”.<sup>30</sup>

#### EL TRABAJO PREMATURO Y LA REACCIÓN SINDICALISTA

El hecho de que el partido se había establecido en un momento de derrota industrial también incrementó el poder del ala parlamentaria en relación con el resto del movimiento. Esto también fue cierto con el Partido Laborista británico, formado tras la decisión Taff Vale; pero el Laborista británico no tuvo éxito electoral en esa etapa para deformar su personalidad política en desarrollo. En Australia, por otra parte, a medida que el movimiento sindical sufría tanto una serie de derrotas industriales como la disminución de su membresía durante la depresión

<sup>29</sup> V. I. Lenin, *In Australia en Collected Works*, 19, Londres, Lawrence & Wishart/Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1963, pp. 216-7.

<sup>30</sup> Stuart Macintyre, “Paradise Lost: Conditions for the Workers 1900-1950”, *Bulletin of the Centre for Tasmanian Historical Studies*, 1991, pp. 69-70.

de la década de 1890, el ala política del movimiento contaba sus crecientes votos, y numerosos políticos laboristas regresaron a los parlamentos federal y estatales a través de toda Australia. Esta situación les dio a los políticos una ventaja adicional en términos del equilibrio de fuerzas entre ellos mismos y el movimiento laborista más amplio que supuestamente representaban.<sup>31</sup> Desde su posición de ventaja, los políticos han podido promover sus políticas y prácticas preferidas relativamente sin restricciones por parte de las bases del partido o de los activistas sindicales. Es más, los dirigentes sindicales, con algunas excepciones significativas, han tendido a apoyar más que a rebatir la limitada visión política del ala política del partido, debido al interés que muchos tienen en carreras parlamentarias posteriores.

Tom Mann, el líder sindical británico residente en Australia durante esa primera década, articuló sus reservas acerca del papel dominante dentro del movimiento laboral del político laborista. Explicó que había venido a Australasia para ver si en países con franquicias más amplias “podía hacerse una modificación drástica del capitalismo”. Decidió que no y renunció como organizador del Partido Laborista para fundar el Partido Socialista Victoriano, puesto que el énfasis en el papel de los parlamentarios laboristas había propiciado la “lentitud” y distraído la atención de la organización industrial, que él consideraba una defensa de los salarios y las condiciones de los trabajadores más confiable. Lamentó que “se hubiera atribuido una importancia indebida a la acción política” y que “al oír los discursos del político laborista típico quedara claro que estaba saturado con la idea de que lo que era de suprema importancia era el regreso a los cuerpos legislativos de un número adicional de miembros laboristas, y que todo lo demás era secundario y relativamente trivial”.<sup>32</sup>

Irónicamente, el grado hasta el cual los políticos laboristas dominaban el movimiento laboral más relevante provocó una reacción en forma de fuertes sentimientos sindicalistas entre los trabajadores más militantes. Durante la segunda década del siglo XX, un número significativo de activistas sindicales perdieron sus ilusiones con respecto a la política parlamentaria al experimentar la incapacidad o la falta de

<sup>31</sup> Ver Verity Burgmann, “Premature Labor”, pp. 83-96.

<sup>32</sup> Tom Mann, “Industrialism and Parliamentary Action”, c. 1910, 4 pp. (Tom Mann Collection, CPGB, Londres); Tom Mann, “The Way to Win: An Open Letter to Trade Unionists on Methods of Industrial Unionism”, Broken Hill, 1909 (Tom Mann Collection, CPGB, Londres).

voluntad de sus representantes elegidos en el gobierno para mejorar la suerte de la clase trabajadora de manera significativa. El desempeño de los laboristas en funciones entre 1910 y 1913, y nuevamente entre 1914 y 1917, aumentó las tensiones entre los políticos laboristas y los trabajadores que los habían elegido. A pesar de sus mayorías parlamentarias y algunas reformas indudables, los gobiernos laboristas no eran capaces de abolir el capitalismo y ni siquiera los malos salarios y condiciones. Para 1918, George Dale, un activista de la Asociación de Mineros Amalgamados en Broken Hill, lamentaba la aventura laborista en la política.

Los que por sus ganancias personales explotaron nuestras horas libres y nuestras energías recorriendo el país para hacer la conversión a puestos bien pagados nos han abandonado en la hora de nuestras necesidades más extremas, no sólo a nosotros, que respirábamos vida política en sus malolientes fosas nasales, sino que pisotearon cada principio que alguna vez profesaron y han actuado en general de una manera que habría avergonzado a Judas Iscariote.<sup>33</sup>

La decepción producida por los políticos laboristas alimentó en Australia la creciente fuerza de la principal organización sindical, los Trabajadores Industriales del Mundo, los *Wobblies* (Industrial Workers of the World; IWW, por sus siglas en inglés), quienes abogaban en pro del sindicalismo industrial revolucionario y en contra de la actividad parlamentaria como solución para los problemas de la clase trabajadora. El líder *wobbly* Tom Barker explicaba que padecer a los políticos laboristas lo había “convencido absolutamente... de que se necesitaba un cuerpo trabajador fuerte e incluso implacable para ver que a la gente se la protegiera adecuadamente y se la pagara adecuadamente”.<sup>34</sup> Un panfleto de los IWW argüía: “El peor uso que puede usted hacer de un miembro de su propia clase es colocarlo en el parlamento”.<sup>35</sup> La precocidad del movimiento laborista político en Australia les permitió a los IWW dar rienda suelta al abuso de la polémica con efectividad, basándose en la experiencia de los gobiernos laboristas. “Es agradable observar

<sup>33</sup> George Dale, *The Industrial History of Broken Hill*, Melbourne: Fraser & Jenkinson, 1918, p. 14.

<sup>34</sup> Tom Barker, “Self-Portrait of a Revolutionary”, *Society for the Study of Labour History Bulletin*, 15, 1967, p. 20.

<sup>35</sup> IWW, *The Immediate Demands of the I. W. W.*, Melbourne, n. d., p. 16.

que los partidos laboristas de Australia, al ganar una mayoría en los lujosos cojines de los diversos parlamentos, han demostrado de manera absoluta su total impotencia para hacer nada por los trabajadores.”<sup>36</sup>

La sensibilidad sindical –o al menos un fuerte sentimiento de que los políticos laboristas eran parásitos sobrepagados que habitualmente traicionaban a los trabajadores que los elegían– ha seguido siendo una característica perdurable del movimiento laboral australiano. En la literatura de la clase trabajadora, el profundo desdén que sentían muchos trabajadores por sus representantes parlamentarios se expresó en la famosa novela de Frank Hardy de 1950 *Power Without Glory* (Poder sin gloria). Aunque Hardy era una figura relevante en el Partido Comunista, que reemplazó a los IWW como la principal fuerza de la extrema izquierda de 1920 en adelante, describió *Power Without Glory* como “una novela wobbly”.<sup>37</sup> Tanto el Partido Comunista como el Partido Laborista tenían siempre que contender con el fantasma de los IWW y la fascinación que ejercía en muchos militantes industriales.

#### LA FORMA DE GOBERNAR DE LOS LABORISTAS: DENTRO Y FUERA DEL GOBIERNO, 1914-1949

El precoz desarrollo político también le planteó al movimiento laboral australiano un dilema histórico peculiar: cómo gobernar durante la Primera Guerra Mundial. Ross McMullin señala que el Laborista australiano, habiendo avanzado mucho más que cualquier partido equivalente, se convirtió en víctima de sus propios primeros éxitos. Los partidos laboristas o socialistas en otras naciones combatientes solamente tenían que reaccionar ante el manejo de la guerra que hacían sus respectivos gobiernos. “Sólo en Australia estaba en funciones el Laborista, con la pesada carga de dirigir el esfuerzo de guerra nacional en un conflicto que iba más allá de cualquier expectativa o experiencia. Los problemas y presiones destrozaron al partido.”<sup>38</sup>

<sup>36</sup> *Direct Action*, 1º mayo, 1914, p. 2.

<sup>37</sup> Verity Burgmann, *Revolutionary Industrial Unionism. The Industrial Workers of the World in Australia*, Melbourne: Cambridge University Press, 1995, esp. pp. 1-10, 246-276.

<sup>38</sup> McMullin, *So Monstrous a Travesty*, p. 169.

Para 1915, Fisher había renunciado como primer ministro y líder del partido, incapaz de hacer frente a la tensión, y lo reemplazó Billy Hughes, quien arguyó que la conscripción era necesaria para el esfuerzo de guerra. La mayoría de sus colegas parlamentarios discreparon, y en noviembre de 1916 Hughes y cerca de un tercio del Partido Laborista Parlamentario se retiraron y formaron un nuevo Partido Nacional con los conservadores de la oposición y un nuevo gobierno de Hughes. El Partido Laborista, muy disminuido, se fue a las bancas de la oposición en el parlamento y no regresó al poder hasta 1929.

Incluso antes de su defección del Partido Laborista, Hughes había mostrado hostilidad hacia las actividades contra la guerra de los IWW y su creciente influencia entre los trabajadores. Temía no sólo las actividades contra la guerra sino también sus críticas estridentes de los políticos laboristas. Sus gobiernos, tanto el laborista como el nacional, perseguían a los IWW con legislación que los declaraba una asociación ilegal y hacía merecedores de castigo a sus miembros con seis meses de prisión. También alentó una serie de cargos delictivos espurios contra los miembros de los IWW; el más famoso, la incriminación de 12 de ellos por conspiración sediciosa: se alegó que habían cometido varios actos incendiarios en Sydney, con vistas a quemar la ciudad con propósitos sindicalistas revolucionarios. Varios años después de haber recibido largas sentencias de cárcel por esos supuestos delitos, el clamor de la opinión del movimiento laboral forzó a un gobierno laborista de Nueva Gales del Sur a conducir dos investigaciones sucesivas del caso inicial en la corte y finalmente a liberar a los miembros de los IWW que aún estaban en prisión. Las intensas emociones exhibidas en la Campaña de Liberación indicaban hasta qué grado desconfiaban de la mayoría de los políticos laboristas los trabajadores y cuánto les desagradaban.<sup>39</sup>

*How Labour Governs* (Cómo gobierna el laborista),<sup>40</sup> de Vere Gordon Childe, publicado en 1923, analizó la creciente distancia de los políticos laboristas respecto de quienes habitualmente habían votado por ellos, y argüía que era poco probable que el experimento del movimiento laborista con los “laboristas en la política”

<sup>39</sup> Burgmann, *Revolutionary Industrial Unionism*, pp. 203-245.

<sup>40</sup> Childe fue secretario del premier laborista John Storey para Nueva Gales del Sur de 1919 a 1921 y trabajó de cerca con sindicalistas críticos de los políticos laboristas.

produjera las recompensas que se habían anticipado, porque los representantes electos de los laboristas no se responsabilizaban adecuadamente ante los electores de la clase trabajadora, ni incluso ante el Partido Laborista en su conjunto. Childe describió cómo los políticos oportunistas obtenían el control del movimiento laboral a través de cambios estructurales en la organización del Partido Laborista, que aseguraban que los cuerpos del partido que estaban ostensiblemente ahí para dominar a los políticos fueran dominados de hecho por los políticos.<sup>41</sup> No podía obligarse al Partido Laborista Parlamentario a actuar como debía: “levantándose abiertamente en defensa de la única clase que los puso en el poder”. En consecuencia, “el Partido Laborista, que había empezado con una bandada de socialistas inspirados, degeneró en una vasta máquina para capturar el poder político, pero no sabía cómo usar ese poder al alcanzarlo excepto para el beneficio de los individuos”.<sup>42</sup>

Los sindicalistas más influyentes y los activistas de las bases laboristas articulaban también la impaciencia con los políticos. En 1921, el Congreso Australiano de Sindicatos recomendó que los laboristas hicieran a un lado su objetivo de cuatro cláusulas de 1919 y lo reemplazaran únicamente con el eslogan “La socialización de la industria, la producción, la distribución y el comercio”. En la conferencia laborista de 1921, el Objetivo Socialista, como se lo llegó a conocer, se aprobó por 22 votos a 10, una crítica clara al partido parlamentario.<sup>43</sup> El descontento de la clase trabajadora con los laboristas tenía como componente el gobierno laborista de Scullin, de 1929 a 1932, que redujo los niveles del salario real durante el punto culminante de la Gran Depresión.

De manera más propicia, el gobierno federal laborista de John Curtin (1941-1945) probó ser efectivo como administración de tiempo de guerra y también promulgó programas de bienestar social, tales como la introducción de la dotación de

---

<sup>41</sup> Ver Gordon Childe, *How Labour Governs, A Study of Worker's Representation in Australia*, Melbourne: Melbourne University Press, 1964 (primera publicación en 1923), pp. 47, 25-6, 28-29.

<sup>42</sup> Childe, *How Labour Governs*, pp. 80, 181.

<sup>43</sup> Sin embargo, la “Declaración Blackburn”, que obtuvo 15 votos contra 13, moderó el Objetivo con la observación de que el PLA proponía la propiedad colectiva con el propósito de prevenir la explotación, que el Partido no buscaba abolir la propiedad privada de los instrumentos de producción donde el patrón los utilizara de manera socialmente útil y sin explotación (Crisp, *The Australian Federal Labour Party 1901-1951*, Sydney: Hale & Iremonger, 1978 (primera publicación 1955), pp. 277-8, 281.)

los niños en 1941, pensiones para las viudas (que cubrían a las esposas desprotegidas en general) en 1942, nuevas pensiones de maternidad en 1943 y prestaciones por desempleo y enfermedad en 1944. Una característica crucial de dichas prestaciones era que sus fondos provenían del ingreso general y no exigía que quienes los recibían contribuyeran a un programa de seguros, como se hacía comúnmente en los esquemas de bienestar social en otros países.<sup>44</sup>

Después de la guerra, entre 1945 y 1949, las medidas del gobierno laborista de Chieflly para la nacionalización y la empresa pública, aunque quedándose cortas con respecto al Objetivo de 1921, apaciguaron a muchos críticos del partido, especialmente cuando la Corte Superior de Australia decretó que la nacionalización de la banca era inconstitucional. Este fallo se vio entonces como el obstáculo para la nacionalización más que como falta de voluntad por parte de un gobierno laborista. De modo similar, el sabotaje de la profesión médica al sistema universal de salud proyectado desvió a los críticos potenciales, ansiosos de más intentos concienzudos para alcanzar el Objetivo.<sup>45</sup>

Mientras que algunas acciones del gobierno de Chieflly, tales como el uso de tropas para romper una huelga minera en 1949, causaron una ola de protestas entre los trabajadores militantes,<sup>46</sup> había un sentimiento general dentro del movimiento laborista de que el gobierno de Chieflly había fijado la vista en “la luz en la colina”. En 1949, el primer ministro Ben Chieflly, un exmaquinista, había dicho:

Trato de pensar en el movimiento laborista no como en el hecho de poner una moneda de seis peniques en el bolsillo de alguien, o de convertir a alguien en primer ministro o premier, sino como en un movimiento que le da algo mejor al pueblo, mejores estándares de vida, mayor felicidad al grueso del pueblo. Tenemos un gran objetivo –la luz en la colina– que intentamos alcanzar trabajando para el mejoramiento de la humanidad no sólo aquí sino en cualquier lugar donde podamos tender una mano para ayudar.<sup>47</sup>

<sup>44</sup> Macintyre, *The Labour Experiment*, pp. 59-60.

<sup>45</sup> Crisp, *The Australian Federal Labour Party*, pp. 289-90; Ross McMullin, *The Light on the Hill. The Australian Labor Party 1891-1991*, Melbourne: Oxford University Press, 1991, p. 253.

<sup>46</sup> Phillip Deery (ed.), *Labour in Conflict. The 1949 Coal Strike*, Sydney: Hale & Iremonger, 1978.

<sup>47</sup> Ben Chieflly, primer ministro de Australia, 12 de junio de 1949, citado en McMullin, *The Light on the Hill*, Frontispiece.

## LA RECUPERACIÓN DE LA INICIATIVA

Siendo la Constitución y los intereses conferidos una barrera aparentemente impenetrable para la realización del Objetivo, y no estando el Laborista en funciones de 1949 hasta 1972, el entusiasmo por el Objetivo decayó en los círculos del partido.<sup>48</sup> Para 1956, el profesor Henry Mayer cuestionaba el “modelo de resistencia a las iniciativas” en la ciencia política, que había considerado al Laborista como el partido de iniciativa en la vida política australiana y a los partidos no laboristas meros partidos de resistencia. Mayer sostenía que había poderosos elementos de “negativismo” dentro del Partido Laborista, tales como estrechez de objetivos, ausencia de una política positiva para implementar el socialismo y las reformas constitucionales, rigidez interna y disciplina mecánica conducentes a la ortodoxia general, y confusión e incertidumbre sobre la política exterior.<sup>49</sup>

A fines de la década de 1960, el Partido Laborista encontró una nueva manera de posicionarse como el partido de iniciativa respondiendo astutamente a las demandas planteadas por los nuevos movimientos sociales de ese periodo. Una nueva raza de políticos laboristas ayudó a Gough Whitlam, elegido líder en 1967, a repositionar al Partido Laborista como más liberal y socialmente progresista que los partidos no laboristas. Al Partido Laborista se lo identificó entonces con nuevas causas de movimientos sociales, como mayor igualdad para las mujeres, los aborígenes, los homosexuales y las minorías étnicas, retiro de la guerra de Vietnam y oposición a la conscripción, legislación para proteger el medio ambiente, facilitar el acceso al divorcio, el control de la natalidad y el aborto, y la abolición de la Política de la Australia Blanca.

Este *progresivismo* social contrastaba con la continuada cautela del Laborista en los asuntos industriales; por ejemplo, su falta de compromiso para abolir las cláusulas de penalización del sistema de arbitraje. En 1969, el movimiento sindical rebatió exitosamente el derecho de la corte industrial a cobrar multas a los sindicatos por actos huelguistas generalizados en defensa de Clarrie O’Shea, un líder

<sup>48</sup> McMullin, *The Light on the Hill*, pp. 254, 304.

<sup>49</sup> Henry Mayer, McMullin, “Some Conceptions of the Australian Party System, *Historical Studies*, 7 (27), nov. 1956, pp. 253-70.

tranviario de Melbourne encarcelado por no pagar multas. A los sindicalistas militantes se les unieron en sus críticas del Partido Laborista intelectuales de la Nueva Izquierda, quienes no sólo censuraban la falta de compromiso con las luchas de la clase trabajadora de los políticos laboristas sino que también plantearon las preocupaciones expresadas por críticos anteriores, tales como los IWW y Childe. Con el entusiasmo por formas más participativas de democracia y el cansancio producido por las jerarquías políticas que caracterizaban a los políticos de la Nueva Izquierda, estos radicales repetían el argumento de que los representantes bien pagados en el parlamento tendrían forzosamente que representar mal a la clase trabajadora. La Nueva Izquierda criticaba la falta de compromiso del Laborista con las luchas de la clase trabajadora y sostenía que profesionistas bien educados estaban obteniendo el control del PLA y cambiándolo de un partido comprometido con abolir la explotación capitalista a uno determinado a manejar el capitalismo más eficientemente.<sup>50</sup>

A pesar de estas críticas, el Partido Laborista retuvo en ese periodo, sin duda alguna, la lealtad de los sindicalistas y de las personas de la clase trabajadora en general, y también se labró un importante electorado nuevo entre votantes más acomodados aunque socialmente progresistas. Tras 23 años de gobiernos no laboristas, el Partido Laborista ganó la elección federal de 1972 con el simple pero efectivo eslogan de “Es hora”. La euforia en el movimiento laborista y los círculos radicales semejava el ánimo con que se había recibido el surgimiento del gobierno laborista de Watson en 1904.

El ritmo de cambio social establecido por el gobierno de Whitlam de 1972 a 1975 silenció a la mayoría de los críticos del ala izquierda, quienes aplaudieron las reformas de su gobierno, tales como el retiro de la guerra de Vietnam y el fin de la conscripción, la abolición de la Política de la Australia Blanca, la política del multiculturalismo, la abolición de las cuotas universitarias, la introducción de un sistema de salud universal conocido como el Medibank, la expansión del cuidado

---

<sup>50</sup> Humphrey McQueen, “Techocratic Laborism: Introduction”, *Arena*, 25, 1971, pp. 53-56; Robert Catley & Bruce McFarlane, *From Tweedledum to Tweedledee. The New Labor Government in Australia*, Sydney: ANZ Book Company, 1974, pp. 9-10; John Playford, “Who Rules Australia” en John Playford y Doug Kirsner (eds), *Australian Capitalism: Towards a Socialist Critique*, Ringwood: Penguin, 1972, p. 128.

infantil con fondos del gobierno y la incorporación de las feministas a altos cargos del servicio público. Sin embargo, el radicalismo del gobierno laborista de Whitlam era más social que industrial. En 1974, Bob Carley y Bruce McFarlane argumentaron que el gobierno laborista estaba ignorando a los trabajadores y prestando oídos en su lugar a los nuevos movimientos sociales, que no estaban buscando ningún cambio en la estructura de clases, y que los políticos laboristas se habían apartado de su preocupación por la redistribución de fondos provenientes de medidas impositivas drásticas y progresivas hacia un énfasis en el crecimiento económico para contener las tensiones distributivas.<sup>51</sup>

No obstante, los elevados niveles de actividad huelguista mejoraron significativamente los salarios y las condiciones reales de muchos trabajadores durante ese periodo. Los patrones acusaban al gobierno laborista de no poder controlar las presiones inflacionarias causadas por las alzas salariales. Después de que el Partido Laborista perdiera el control del Senado y los partidos de oposición bloquearan el suministro, el gobernador general sir John Kerr, representante de la Reina en Australia, depuso al gobierno laborista de Whitlam el 11 de noviembre de 1975. Conocido como el “Golpe Kerr”, o simplemente como “la Deposición”, esa acción extraordinaria por parte del jefe del Estado en contra de un gobierno electo cimentó la reputación del gobierno laborista de Whitlam como excesivamente radical. Un gobierno conservador ganó la elección subsiguiente en diciembre de 1975.

#### HACIA LA DERECHA: LAS DÉCADAS DE 1980 Y 1990

El laborista quedó traumatizado con la experiencia de la deposición. Los elementos más cautelosos, tanto dentro del partido como del movimiento sindicalista, quienes argüían que el gobierno de Whitman había tratado de hacer demasiadas cosas demasiado rápido, incrementaron su ascendente. Antes de su regreso al poder en 1983 bajo el liderazgo de Bob Hawke, el Partido Laborista se aseguró el acuerdo de los líderes del movimiento sindical para decretar un Acuerdo de Precios e Ingresos. Establecido en los primeros meses del gobierno de Hawke y reno-

---

<sup>51</sup> Catley & McFarlane, *From Tweedledum to Tweedledee*, pp. 11-12. 37-44. Ver también Humphrey McQueen, “The End of Equality”, *Arena*, 30, 1972, pp. 8-12.

vado periódicamente durante la década siguiente, fue vía el Acuerdo que los gobiernos laboristas de Bob Hawke (1983-1991) y Paul Keating (1991-1996) aseguraron la conformidad con el proyecto de reestructuración de la industria australiana en línea con los imperativos de la globalización de libre mercado. Bajo los términos del Acuerdo, el movimiento sindical aceptó restricciones de los derechos tradicionales a hacer campaña por mayores salarios y mejores condiciones de trabajo a los sindicatos, y accedió a la abolición de la indexación de los salarios, con lo cual los incrementos salariales dependerían de los incrementos en la productividad y la eliminación de las “prácticas laborales restrictivas”.<sup>52</sup>

Es poco probable que los gobiernos no laboristas hubieran podido asegurarse tal conformidad del movimiento sindical. Aunque el Partido Laborista había sido la creación del movimiento sindical, el desarrollo precoz de éste dio nueva forma al movimiento sindical para convertirlo en uno en el que los políticos eran mucho más poderosos en relación con los sindicatos que en otros países. El ejecutivo del Consejo Australiano de Sindicatos y la mayoría de los líderes de los principales sindicatos apoyaban el Acuerdo, lo que ayudó a los políticos laboristas a recuperar el poder y mantenerse en funciones, pero tuvo un efecto perjudicial en los trabajadores australianos.

Entre 1983 y 1989, la parte proporcional del ingreso nacional de los laboristas cayó del 74 al 64 por ciento, con una correspondiente alza de la participación del capital de 26 a 36 por ciento.<sup>53</sup> El coeficiente de Gini, que mide la desigualdad en una escala de cero a uno (el cero es la igualdad), era de 0.486 en 1981/82, pero había subido a 0.524 en 1989/90.<sup>54</sup> En los 15 años hasta 1996/97, las ganancias de los empleados de tiempo completo con salarios bajos cayeron en un promedio de 4 dólares australianos semanales, mientras que las ganancias de los que estaban hasta arriba subieron a 229 semanales.<sup>55</sup> En el periodo del Acuerdo, los índices del sindicalismo también cayeron en picada, en parte porque los sindicatos eran vistos como cómplices en el ataque del capital al trabajo. El Acuerdo redujo por

<sup>52</sup> Tony Dewberry y John Tully, “The One-Sided Class War”, *Overland*, 161, 2000, pp. 22-23.

<sup>53</sup> Frank Stilwell, *Economic Inequality in Australia*, Sydney: Pluto Press, 1993, p. 19.

<sup>54</sup> Philip Mendes, “The Social Policy of the ALP: Past, Present and Future”, *Social Alternatives*, 17 (3), 1998, p. 34.

<sup>55</sup> “Advance in Australia Where?”, *Australian*, 17-18 junio 2000, p. 1.

igual la participación laborista en el ingreso nacional y desacreditó e incapacitó al sindicalismo.

Las tasas de sindicalización se vieron afectadas inversamente también, debido a que otras iniciativas laboristas redujeron el perfil de los sindicatos al empezar a dismantelar el papel centralizado fijador de salarios del sistema de arbitraje. Los neoliberales se habían opuesto por algún tiempo a la fijación de salarios como un impedimento para las fuerzas del mercado, ya que les permitía a los trabajadores en situaciones de mercado más vulnerables recibir prestaciones “automáticas” obtenidas por los trabajadores en puestos más ventajosos. El cambio a la negociación con la empresa comenzó en 1990, y se hizo posible debido a la realineación ideológica del gobierno laborista federal y del movimiento sindical, en respuesta a la expansión del neoliberalismo.<sup>56</sup> A pesar del apoyo continuado al sistema de arbitraje entre muchos patrones, los gobiernos laboristas apoyaron los deseos de patrones neoliberales más agresivos en lo concerniente a la negociación con la empresa. También extraordinario para un gobierno laborista fue la Ley de Reforma de las Relaciones Industriales de 1993, que le permitía a la Comisión de Relaciones Industriales actuar como agente en los acuerdos empresariales no sindicales, lo que les daba a los empleados su primera oportunidad real para desarrollar un sector no sindical distintivo similar a los que los patrones habían labrado en EUA.<sup>57</sup>

El laboratorio social que el movimiento laborista de principios del siglo XIX llevó a los trabajadores australianos estaba siendo dismantelado sistemáticamente por el movimiento laborista de fines del siglo XX –bajo la dirección de los políticos laboristas. R.W. Connell sugiere que el neoliberalismo obtuvo control del movimiento sindical debido en parte al pánico relacionado con la posición de Australia en el capitalismo mundial. Sin embargo, la agenda neoliberal fue considerablemente más allá de la simple apertura de la economía al bajar las barreras arancelarias, y “esa enorme expansión de la lógica de la avaricia” se vendió como un triun-

---

<sup>56</sup> Duncan Macdonald, Iain Campbell y John Burgess, “Ten Years of Enterprise Bargaining in Australia: An Introduction”, *Labor and Industry*, 12 (1), 2001, p. 1.

<sup>57</sup> Meter Sheldon y Louise Thornthwaite (eds), *Employer Associations and Industrial Relations Change: Catalysts or Captives*, reseñado en Dewberry y Tully, “The One-Sided Class War”, *Overland*, 161, 2000, pp. 2-23.

fo moral.<sup>58</sup> Esa lógica buscaba lograr niveles de ganancias considerablemente mayores para las corporaciones por medios tales como la reducción de los salarios reales vía una restricción impuesta de los salarios, la privatización de los activos públicos, la reducción progresiva de la tributación y el recorte de los servicios sociales, así como la desregulación del mercado de trabajo para así favorecer los intereses de los patrones.<sup>59</sup> Una plétora de recuentos críticos del Laborista en funciones bajo Hawke y Keating apareció desde fines de la década de 1980 y en adelante, los cuales sin excepción, pero de diferentes maneras, identificaban un proceso de cambio fundamental dentro del Partido Laborista, apartándose de sus tradiciones laboristas y socialdemócratas.<sup>60</sup>

En Gran Bretaña y Estados Unidos los partidos conservadores llevaron la ideología y las políticas neoliberales al terreno político bajo Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Es una de las muy peculiares características del movimiento laborista australiano que los gobiernos laboristas hayan promovido esta agenda de derecha entre 1983 y 1996 –y con la ironía adicional de que esos gobiernos liberales pudieron asegurar que los sindicatos aceptaran esas políticas neoliberales. El proceso de “desdemocratización social” del laborismo y de los partidos socialdemócratas ha ocurrido en todo el mundo, lo que sugiere que el capitalismo global ha transformado a la socialdemocracia más de lo que esta última ha transformado al capitalismo.<sup>61</sup> No obstante, Australia bajo el mandato laborista se adelantaba a

---

<sup>58</sup> R. W. Connell, “Moloch Mutates: Global Capitalism and the Evolution of the Australian Ruling Class 1977-2002”, en Nathan Hollier (ed), *Ruling Australia. The Power, Privilege & Politics of the New Ruling Class*, Melbourne: Australian Scholarly Publishing, 2004, pp. 4, 9.

<sup>59</sup> Tom Conley, “The Domestic Politics of Globalisation”, *Australian Journal of Political Science*, 36 (2), 2001, pp. 230, 225.

<sup>60</sup> Hugo Stretton, *Political Essays*, Melbourne: Georgian House, 1987; Graham Maddox, *The Hawke Government and Labor Tradition*, Ringwood: Penguin, 1989; Carole Johnson, *The Labor Legacy: Curtin, Chifley, Whitlam, Hawke*, Sydney: Allen & Unwin, 1989; Dean Jaensch, *The Hawke-Keating Hijack: The ALP in Transition*: Sydney, Allen & Unwin, 1989; Michael Pusey, *Economic Rationalism in Canberra*, Melbourne: Cambridge University Press, 1991; Andrew Scott, *Fading Loyalties. The Australian Labor Party and the Working Class*, Sydney: Pluto Press, 1991; Frank Stilwell, *Economic Inequality in Australia*, Sydney: Pluto Press, 1991; Peter Beilharz, *Transforming Labor: Labour Tradition and the Labor Decade in Australia*, Melbourne: Cambridge University Press, 1994; Andrew Scott, *Running on Empty. “Modernising” the British and Australian Labour Parties*, Sydney: Pluto Press, 2000.

<sup>61</sup> Gerassimos Moschonas, *In the Name of Social Democracy: The Great Transformation from 1945 to the Present*, Londres: Verso, 2001.

la tendencia, con lo que ponía el ejemplo a seguir a los partidos similares. Más notoriamente, el Partido Laborista británico bajo Tony Blair, al adherirse a lo que se ha conocido como la “Tercera Vía”, estaba directamente influido por esos gobiernos australianos.<sup>62</sup> Habiendo encabezado el inicio del siglo y presentado a Australia al mundo como un laboratorio social, el movimiento laborista australiano para finales de ese siglo estaba abriendo un camino directo para que otros partidos laboristas y socialdemócratas siguieran hacia un experimento económico de una clase muy diferente. 

---

<sup>62</sup> Frankel, “Beyond Labourism and Socialism: How the Australian Labor Party Developed the Model of ‘New Labour’”, *New Left Review*, 221, 1997, pp. 20-2.

---